

acercó el cacharro á los labios del enfermo y le dijo con sonrisa alegre y voz cariñosa:

—Aquí tienes agua' ¡bebe, hijo mío!



## EN LA ESTACIÓN

I

### EL JEFE

**D**ESCÚBRESE allá lejos, muy lejos, en una planicie solitaria, á media legua de un pueblecillo que no figura en el mapa, ni es conocido por el gobernador de la provincia. Edificio pobre, modesto, de paredes de ladrillo y ventanas color de chocolate, se eleva en un desierto, con una huertecilla al costado, una aldea á la espalda, un sol im- placable en el cielo, un reloj de cobre en la

fachada principal y varios carriles que se entrecruzan, y se separan, y se confunden, á los pies.

Aquello es una estación de último orden; á ella no llegan más vibraciones de vida que el canto de los pájaros, el cencerro del ganado que atraviesa la línea levantando una nube de polvo, antes de perderse en el blancuzco trazado de la carretera, las voces del gañán que cruza los campos con el pie desnudo y el azadón al hombro, y el silbido estridente de las máquinas que aplastan los rails y conducen los trenes y se detienen un instante respirando hulla, sudando vapor, para dar breve reposo á sus músculos acerados y potentes, y alejarse después entre torbellinos de humo, con el brusco crujir de sus ejes y el áspero chirrido de sus topes, sin dejar á quienes las contemplan, otro recuerdo de su paso, que el rostro ennegrecido del maquinista y las caras soñolientas de los viajeros.

Los trenes se suceden con intermitencias de dos, de tres horas á lo sumo. Ellos no se cansan, no tienen músculos de carne que se rindan, nervios que se desplomen, ojos que se cierren, estómago necesitado de nutrirse, y alma codiciosa de esparcimiento y de solaz. Hay que recibirlos, que avisar su arribo á la estación próxima, que darles

salida, que atender á la carga y descarga de las mercancías, al servicio de los viajeros, á las contingencias de la marcha: es necesario coadyuvar á las seguridades del viaje, prever los peligros, observarlo todo, dirigirlo todo; no dejar nada á la casualidad y á la incertidumbre. Trabajo penoso, de responsabilidades graves, de urgencia suma; de vigilar constante y de faenas múltiples.

Y para este trabajo, para empresa tamaña y trajinar tan duro, no hay más que un hombre: el jefe de estación. Así lo exigen la codicia y el ansia de acaparar dinero de que parecen invadidas las compañías de ferrocarriles en España. Ese hombre, tostado por el viento y el sol, excluido ó casi excluido del trato con sus semejantes, retribuido con mezquindad y explotado con largueza, tiene que hacerlo todo, absolutamente todo; gracias si le auxilia un mozo ignorante é inexperto que sirve á la vez de cargador y de guarda-agujas.

El jefe es al mismo tiempo, en las estaciones de último orden, jefe, factor, telegrafista, expendedor de billetes y guardián de equipajes; ni puede separarse de su puesto, porque la marcha del servicio reclama su presencia; ni comer en su cuarto, porque solicitan su vigilancia el cuidado de

los andenes, el arreglo del billeteaje y la seguridad de las mercancías; ni dormir sino vestido, porque los trenes pasan cada dos horas; ni amar, cuando ame, libre y tranquilamente, porque el rumor de los besos que deposite sobre los labios de la mujer amada puede turbarlo ó interrumpirlo el sibido implacable y burlón de una locomotora.

Así pasa él un día y otro, esclavo del deber y de las brutales necesidades de la vida, con el reloj por compañero, por advertencia y por acicate; desafiando la lluvia, el sol, el aire, el calor y el frío, la tempestad y el bochorno. ¿Viene un tren? ¿Acaba de dormirse? No importa; á coger con mano torpe el manipulador del telégrafo, á saltar al andén, á despedir la inmensa mole de madera y hierro que tiene delante. Nada de sosiego, nada de reposo. Que se rinden sus músculos... ¡á trabajar! Que se desploman sus nervios... ¡á trabajar! Que se cierran sus ojos... ¡á trabajar! ¡A trabajar siempre, porque no tiene más remedio, porque está solo! ¡Para eso le paga la Compañía MIL PESETAS anuales!

Tal es su vida; vida de privaciones, de tormentos; vida de mártir, vida insufrible, digna de admiración y de aplauso. Y, sin embargo, ¿quién se acuerda del jefe de es-

tación? Nadie. Para la Compañía es un instrumento: para los viajeros una mancha oscura puesta en el andén; mancha que va creciendo á medida que el tren avanza en su camino, y que se pierde luego en las nebulras del horizonte; para los indiferentes que lo ven cruzar por delante de sus ojos cuando viene á Madrid, un individuo como otro cualquiera.

Pero ocurre una desgracia, un descarriamiento, un siniestro de cualquier especie; el jefe de estación, el instrumento insignificante, rendido por lo penoso de su tarea, se ha descuidado un minuto, un segundo tal vez; acaso al levantarse de la silla en donde reposaba, sin perfecta conciencia de sus actos, con el cerebro oscurecido por las nieblas de un sueño invencible, dió mal la salida, comunicó equivocadamente con la estación inmediata, hizo partir el tren que debía detenerse; y el tren partió, y chocando en el camino con otra mole de la misma fuerza y de velocidad idéntica, provocó una catástrofe, representada por vagones que se destrozan, por portezuelas que saltan en astillas, por locomotoras que se desprenden del carril, por viajeros que sucumben, por ayes de espanto y por estertores de agonía...

Entonces todas las responsabilidades

caen sobre el desdichado jefe de estación, sobre aquel hombre que desempeña sólo un servicio fatigoso y terrible; él es el culpable, el responsable, el torpe, el criminal. Si el suceso no tiene importancia, se le despide; si la tiene, se le envía á presidio.

Y mientras él sufre el hambre de la cesantía ó las amarguras de la condena, la Empresa, que economiza hombres, sueldos y trabajos; la Empresa, que coloca un individuo donde debieran servir cinco, acapara oro, evade las responsabilidades, se enriquece, prospera, vive satisfecha y feliz, paga un sueldo de 15.000 pesetas á sus consejeros y les envía todos los años un billete de libre circulación.



## II

## EL MAQUINISTA

En pie sobre el suelo acerado de la locomotora, repartiendo con mano segura y experta vida y calor y movimiento á aquel organismo de hierro y de cobre; apoyado en la manivela; atento á las oscilaciones del manómetro y á las exigencias del regulador, combinándolo todo, midiéndolo todo,

previniéndolo todo, está el maquinista del tren en marcha con los ojos puestos en el camino y la conciencia en el cumplimiento de su deber.

Aquel hombre vestido por una blusa azul recogida en desiguales pliegues, sobre unos pantalones del mismo color; robusto de cuerpo, con el rostro ennegrecido por el humo, las manos sucias por el carbón y la piel curtida por la lluvia y el aire; aquel personaje, en cuya existencia reparan apenas los viajeros, es el dueño del tren que resbala apresuradamente sobre los rails; á su voluntad y á su pericia están encomendados los intereses varios que se agitan y se amontonan en el interior de los vagones, la vida de los hombres, la conservación de los equipajes, la seguridad de las mercancías; un movimiento torpe, una maniobra mal hecha, el menor descuido, la más pequeña falta, pueden convertir la mole obediente y bien equilibrada, el medio de comunicación y de progreso, el implacable vencedor de las distancias y de las fronteras, en masa ciega y destructora, en instrumento de muerte y de tortura, en vehículo de desastres y en pregonero de desgracias.

Porque tal sabe, porque no se le esconde la responsabilidad que de su oficio emana,

camina el maquinista por la vía adelante, inaccesible al sueño, á la distracción y al cansancio; azotado por la lluvia cuando las nubes se desatan en agua, sacudido por el huracán cuando el trueno ruge en los aires y el rayo construye ángulos de fuego en el horizonte; tostándose de un lado y helándose de otro durante el invierno, para achicharrarse por todas partes á la vez en el verano; recibiendo el beso frío de la escarcha, el hálito entumecedor de la nieve, la caricia asfixiadora del sol y el brusco manotazo del vendaval; firme en su sitio, penetrando con pupila escudriñadora las tinieblas en las noches oscuras, vigilando las curvas que describe la línea, fijándose en el menor detalle, porque en hacerlo estriba su deber, porque es á un tiempo mismo capitán y piloto de aquel buque que navega en tierra firme sobre dos carriles de acero.

Esfuerzo gigantesco el de ese hombre, en quien nadie ó casi nadie repara, y á quien yo he visto ganar leguas y leguas, envuelto por torbellinos de humo, por nieblas de vapor, respirando una atmósfera de hulla, siniestramente iluminado por el resplandor rojizo que brota de la hornilla entreabierta, y avaro de recorrer el trayecto, á cuyo término le aguardan una vivienda humilde,

un lecho blando y unos brazos de mujer que se abren, cuando él llega á su encuentro, de par en par.

Así va y viene un día y otro por la misma ruta, con la misma máquina, con iguales trabajos y con responsabilidades idénticas; el esfuerzo diario nada representa para él, nada representa tampoco para los otros; él está acostumbrado á realizarlo, los otros á vérselo realizar, y él y su tarea entran en la serie no interrumpida de faenas y de seres extraordinarios, transformados por la costumbre en insignificantes y vulgares.

Pero entre tantos días llega uno en que, mientras la máquina arrastra por los rails vagones y vagones, el maquinista observa que en dirección contraria, por la estrecha vía que se extiende delante de sus ojos, avanza, si el suceso ocurre de noche, un farol encarnado, á cuya espalda se dibuja una masa confusa y negra; si el suceso ocurre de día, esa misma masa confusa y negra, coronada por una nube de vapor. Es otro tren, otra fuerza igual á la que él encamina y dirige, que se le viene encima con ímpetu salvaje y avasalladora potencia.

¿De dónde procede aquel enemigo imprevisible? ¿Por qué se atraviesa en la marcha de su tren? ¿Quién lo dirige en contra suya? ¿Fué un error de salida? ¿Un aviso mal da-

do? ¿Una orden mal interpretada? ¿Un telegrama mal entendido?... El maquinista no lo sabe; no tiene tiempo de averiguarlo tampoco. Él no ve más que el peligro inminente, dos moles de hierro, de madera y cobre que avanzan la una sobre la otra con fatal empuje, dispuestas á chocar, á destruirse, á producir desesperación y muerte donde todo era pocos momentos antes vida y regocijo. La catástrofe con sus horribles consecuencias aparece delante del maquinista; y aparece inevitable, porque los trenes están muy cerca, porque no hay medio humano de detenerlos,

El maquinista puede salvarse; bástale saltar de la máquina: él está acostumbrado á tales saltos, y puede librar su vida á cambio de algunas contusiones; pero ¿y los viajeros? ¿y el tren confiado á su pericia? ¿y el deber que se le presenta en el espacio, con gesto de mando y ademán imperioso? No; él no puede huir, no puede abandonar la máquina, debe luchar hasta el último trance, con riesgo seguro de su existencia; y no duda, no vacila; el hombre se convierte en héroe; aprieta la manivela con mano firme; hace prorrumpir al pito en gritos de alarma, da contravapor y sigue avanzando, avanzando siempre, mientras el tren contrario avanza también, practi-

cando la misma maniobra y prorrumpiendo en iguales estridentes clamores.

Todo es inútil: las dos locomotoras están á cuatro metros de distancia. Se hace un último esfuerzo... Inútil también... Las máquinas chocan con un ruido estruendoso de hierros que se parten, de ejes que se rompen, de calderas que estallan; los vagones, sorprendidos por aquel encuentro brutal, montan los unos sobre los otros para caer luego de golpe, deshechos, abiertos, á un lado y á otro de los carriles; escúchanse por todas partes gritos de angustia, voces de socorro, lamentos, estertores de muerte, imprecaciones de rabia...

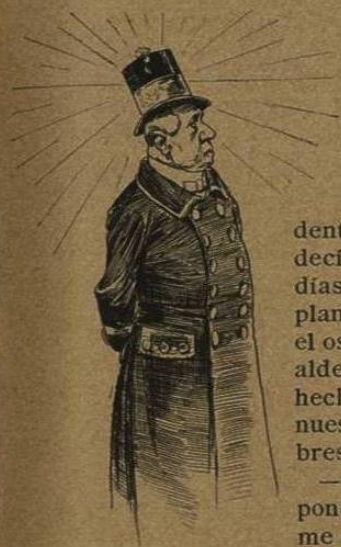
La catástrofe se ha realizado, el desastre es un hecho.

¿Y el maquinista? Allá en la cuneta de la vía, pálido, ensangrentado, con los miembros rotos, la cabeza aplastada, el pecho abierto y chorreando sangre; esclavo de su deber, muerto junto á su máquina, que agoniza con las ruedas en alto, la chimenea cegada y la caldera rota, arrojando torrentes de vapor y montones de brasa, últimos latidos de su sangre que se paraliza, y de su respiración que se extingue.

Allí está el maquinista, el héroe anónimo, desconocido de todos, olvidado de todos ~~dos~~ también, que muere sin dejar recuer-

dos en la memoria de nadie, como no sea en la de aquella mujer que le espera en su casa con el amor en el alma y los brazos abiertos de par en par.





## SU EXCELENCIA

EL GALÓN

— ¡Gran persona de be de ser la queva dentro de ese carruaje! decíame no hace muchos días un provinciano trasplantado á la corte desde el oscuro rincón de cierta aldehuela miserable, y no hecho, por tal causa, á nuestros usos y costumbres.

— ¿Gran persona? respondí yo. ¿Y por qué presume usted eso, amigo mío?

— Porque los guardias de orden público y algunos otros que no lo son, siquiera se asemejen á ellos por las trazas, se llevan la mano á la visera ó se quitan el sombrero, y hacen á ese señor, medio oculto entre los almohadones del coche, reverencias y cortesías altamente respetuosas.



—No crea usted semejante cosa, exclamé interrumpiendo al provinciano. A quien saludan con tanta humildad no es al estirado y peripuesto individuo que va dentro; es al galoneado cochero, al conductor del carruaje. Gracias á él, y á su ancho y resplandeciente galón, provocan curiosidad y respeto ciertas personas, que de otro modo pasarían completamente inadvertidas.

¿Quién imagina usted—añadí mientras mi compañero me contemplaba con asombro, rayano en la duda—quién imagina usted que es el sujeto á quien nos referimos? ¿Algún artista cuyo nombre corre de boca en boca, y cuyo retrato se halla de muestra en todos los escaparates de Madrid? ¿Algún príncipe de la sangre? ¿Algún político eminente? ¿Algún General enaltecido con el prestigio de cien victorias? ¿Alguien, enfin, que por su linaje, por sus obras, por su valor ó por su talento se haya hecho acreedor al aura popular y al respeto de sus conciudadanos?

—¡Claro que sí! repuso mi amigo.

—Pues no, señor; el tal *personaje* es un hombre á quien su patria, por no deberle nada, no le debe siquiera un disgusto gordo; yo le conozco por casualidad, y aseguro á usted que todas sus circunstancias meritorias se reducen á ser diputado por obra y

gracia de un Ministro, amigo íntimo de una tía suya (la tía es guapa), y á haber conseguido, no en fuerza de talento, sino en fuerza de adulaciones serviles y de procedimientos menudos, una subsecretaría, que así estuviera bien desempeñada, como produce sueldo pingüe y beneficiosas filtraciones... Conviene decir también que nuestro hombre, no sólo no habla como diputado, sino que apenas pronuncia como persona.

—Pero... ¿es cierto? exclamó el provinciano, poniendo una cara de espanto que dió ganas de reír. ¿Cómo ha podido ocupar sér tan inútil puesto tan importante?

—Muy sencillo; porque tiene una tía que le protege, y las tías siempre son útiles.

—Aun así y todo, interrumpió mi interlocutor. Lo que usted dice puede explicarme lo de la subsecretaría, pero no me explica lo de los saludos.

—Los saludos, ya lo dije antes, se explican por los galones del cochero; esos galones son á los empleados oficiales lo que los títulos universitarios á sus poseedores. De un abogado, de un médico, de un boticario, etc., hay que suponer que tienen suficiencia para el desempeño de sus carreras; lo mismo ocurre con los que ocupan puestos importantes en la administración del

Estado; también á éstos hay que suponerles personalidad y prestigio.

¿Fulano es abogado? Pues Fulano tiene talento, dice el vulgo. ¿Mengano lleva cocheros con galones de oro? Pues Mengano es un personaje, exclaman lós guardias de orden público y demás prójimos subalternos.

¿Resulta luego que Fulano y Mengano son un par de animales? ¿Y qué? Allá se las entiendan con ellos sus clientes y el país; para el vulgo y para los guardias, personaje sigue siendo el uno y perito el otro, porque así está decretado oficialmente.

De esta manera viven muchos pasando á los ojos de los necios, y por consiguiente á los ojos de casi toda la humanidad, por seres superiores y punto menos que divinos, y da gozo verlos atravesar calles y paseos, cómodamente arrellanados en los almohadones de su coche, ejerciendo oficios de Gobernador, de Director general, de Subsecretario de Ministro á las veces, sin saber de nada y hablando de todo; dándose selas de eminencias cuando se hallan en altura al nivel de un guardacantón; vendiendo y otorgando protección, favores y castigos á cambio de saludos, cortesías y reverencias, mientras los hombres de ver-

dadero mérito — salvo algunas contadas excepciones, — van á pie, sin que nadie se fije en ellos, ni los atienda, ni los escuche, hasta que se mueren, y un Subsecretario cualquiera se encarga de deslucir con las torpezas de su oratoria las cualidades y los talentos del difunto.

Y el por qué de esta importancia, ¿dónde está, amigo mío? — seguí diciendo al provinciano, que abría, al oirme, una boca de dos palmos y tercia. — En los galones del cochero, á los cuales deben toda su gloria, precedera y expuesta á cesantías, pero gloria al cabo, esas nulidades que llaman la atención respetuosa de usted.

¿Quién adivina, cuando pasan entre la multitud sin el aditamento del carruaje galoneado, á muchos Directores generales, Gobernadores, Subsecretarios y Ministros al uso? Nadie. Desconocidos de la gente por sus actos y por su propia configuración externa, apenas si consiguen obtener la mirada curiosa de algún transeunte, que murmura contemplándolos con indiferencia: "¡Yo he visto á ese tipo en alguna parte!".

Suprimido el cochero galoneado, quedan suprimidos casi todos los prestigios actuales; y como los prestigios verdaderos son letras giradas casi siempre á cien años fecha, aconsejo á usted que dedique todos

sus esfuerzos á conseguir por tres ó cuatro años el usufructo de uno de esos carruajes. En su pescante se encarama el único ídolo que no derriban las combinaciones ministeriales y los cambios políticos: Su excelencia el galón.



### EL ARTE DE LA REGENCIA

La desventurada situación por que atraviesa al presente nuestro país, viene á reflejarse en sus manifestaciones artísticas; y puede decirse que nunca como ahora ha llegado el arte á mayor extremo de postración y de abandono.

Lo que representa en España estudio, actividad, inspiración y trabajo, está desatendido. El encanallamiento de un público á quien la falta de instrucción pervierte el gusto y oscurece la inteligencia; la escasez

de recursos, provocadora de tristezas y de retraimientos inevitables; el desvío de las clases elevadas, que no cuidan poco ni mucho de fomentar con su aplauso lo que á las glorias y al buen nombre del arte patrio interesa; el indiferentismo que se ha apoderado de las más altas representaciones sociales, y el abandono de los Gobiernos, que no se preocupan de tales asuntos, porque ellos no resuelven nada en obsequio de sus proyectos menudos y de sus propósitos mezquinos, son circunstancias que influyendo sobre los que sienten palpar en su cerebro la inspiración y la fantasía, producen en sus almas el desencanto y la inercia, hasta que, desengañados y presa de profunda amargura, huyen del suelo que los olvida, ó, negándose á realizar esfuerzos que han de perderse en el vacío, se cruzan de brazos, maldiciendo del presente y sin tener esperanza alguna en el porvenir.

Tal es la situación á que ha llegado el arte en España; situación que sólo puede compararse á la que inmortalizaron con sus lienzos y con sus sánetes Goya y D. Ramón de la Cruz.

Cierto que al presente hay más artistas y mejores medios para el desarrollo intelectual que entonces. Pero... ¿qué importa, si los que por sus aficiones tienen campo

abierto de acción en toda Europa, abandonan España, y los que se ven obligados á vivir en ella, más bien que vivir, agonizan entre privaciones y olvidos censurables?

Los pintores españoles se alejan de la patria y se refugian en París; en París, donde sus nombres corren de boca en boca, mientras sus cuadros sirven para adornar los palacios y los museos extranjeros, como los adornan nuestros escultores con sus mármoles, con sus broncees y con sus barroes; dibujantes españoles embellecen con los productos de su ingenio los periódicos franceses; los maestros toman carta de naturaleza en otros países, y la juventud se dispone para hacer lo mismo en plazo más ó menos breve.

Los músicos recorren Europa dando conciertos por no hallar escenario patrio donde se interpreten sus obras; muchos escritores se dirigen á la América española para no morir de hambre en su país; y los que quedan, porque sus facultades sólo pueden desenvolverse en la tierra donde nacieron, luchan sin esperanzas de recompensa y se entregan á todo género de ocupaciones, seguros de que la literatura es una de las formas de existencia más precarias y menos gloriosas que se conocen en España.

Preguntad á nuestros novelistas, á los

que se llaman Pérez Galdós, Pereda, Alarcón y Valera, y os dirán que para vender 3.000 ejemplares de sus obras necesitan media docena de años.

Preguntad á nuestros poetas líricos, á Campoamor, á Nuñez de Arce y á Manuel del Palacio, y os responderán que si tuviesen que vivir de sus poemas, vivirían en una guardilla con vistas al tejado; preguntad á nuestros articulistas, á todos los que viven de las letras, y todos os contestarán que sólo hallan el abandono en el público y el desprecio en las altas regiones oficiales.

Si del libro y del artículo pasan los ojos al teatro, el espectáculo es aún más triste y más desconsolador. El teatro Español, ese teatro donde están vinculadas las más gloriosas tradiciones de nuestra literatura dramática, vése totalmente desierto; la sala donde se representan obras de Calderón, de Lope, de Tirso, de Moreto, de Rojas, de Ayala, de Tamayo; el recinto donde se han desarrollado y se desarrollan asuntos de Echegaray, de Cano, de Sellés, autores que nada tienen que envidiar á nadie, agoniza en la soledad y el abandono más completos; y Antonio Vico, el actor genialísimo, el insigne intérprete de cien y cien hermosas producciones, se disponía no hace mucho tiempo á emprender el camino de América,

porque en España todos le olvidaban, y le abandonaban casi todos.

Y no se diga que tal estado de cosas tiene su origen en obstáculos insuperables: no se diga tampoco que los que estaban en el deber de combatir el mal gusto imperante, lo han hecho; vacías están las localidades donde concurre el pueblo, es verdad; pero también están vacíos los puestos donde solía concurrir nuestra aristocracia; vacío está el palco donde tomaban asiento, no hace muchos años, las altas representaciones del Estado; vacío el lugar que ocuparon en otras épocas los Ministros de la Corona. Y lo que ocurre con el teatro, ocurre con las restantes manifestaciones del arte español.

Inútiles serán cuantas disculpas aduzcan para justificarse aquellos á quienes toca la responsabilidad oficial en el asunto. ¿Era deficiente para cumplir sus fines la organización que hasta ahora ha tenido el teatro Español? Pues el deber de los Gobiernos consistía en haber fundado un teatro nacional y completo. ¿Marchan las aficiones del público, en lo que al arte respecta, por caminos extraviados? Pues obligación de los gobernantes era haber contribuído al restablecimiento del buen gusto por aquellos medios que están á su alcance, y que son de uso y costumbre en todos los países que

aspiran á tener representación é importancia en Europa.

No se ha hecho así; y de este abandono, sumado á los abandonos particulares, provienen el atraso y la penuria artística de España; atraso que llegará al límite cuando los artistas serios, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, arrojen el buril, el pincel, el lápiz y la pluma, y cedan el campo por manera absoluta á esos comerciantes de la inspiración que emborronan lienzos diminutos y llenan los teatros por horas y los escaparates de las librerías con obras tan faltas de inteligencia como sobradas de grosería y de mal gusto.

Cuando esto ocurra — que ocurrirá pronto al paso que llevamos, — podrán decir los que se ocupen en el actual momento histórico:

“La época de la regencia, que tuvo como representaciones sociales los vapores de emigrantes y los maestros de escuela hambrientos, tuvo como representación intelectual el desamparo de los Gobiernos, la falta de cultura del público, y, como consecuencia lógica de ello, la esterilidad y el encanallamiento del arte.”



## LOS EUNUCOS

**H**AY que verlos sentados en torno de la mesa del café donde se reúnen, formando un grupo de cabezas pálidas, por encima de las cuales asoma, para agitarse con ademán nervioso, la mano crispada y amenazadora de alguno de aquellos oradores, pasmo de sus contertulios y asombro del mozo que les sirve á diario, sin que esto signifique que les cobre á diario también. Hay que verlos para conocerlos á fondo.

¿Quién son? A juzgar por sus dichos, por el desprecio soberano con que hablan de todo cuanto vale y representa alguna cosa, por el aire de superioridad que adoptan cuando juzgan los actos y las obras del prójimo, siquiera el prójimo sea un personaje famoso y eminente, los tomará, cualquiera que les oiga de primera intención, por seres superiores, en cuyas manos se encuentran reunidos todos los poderes de la tierra, y en cuyos cerebros palpitan todos los conocimientos que constituyen el humano saber.

Nada hay respetable para ese grupo de ciudadanos que circula, y vive, y bulle, y muerde en todas partes, sin encontrar puesto fijo ni asiento preeminente en ninguna. Echegaray y Sellés son dos infelices que sirven para todo menos para autores dramáticos; Tamayo, un fósil injerto en neo, el cual, fuera parte de conocer la mecánica del teatro, no posee méritos válidos para disfrutar el título de eminencia que le otorgan con entusiasmo la mayor parte de los españoles. De los autores nuevos no hay que hablar; ni ingenio, ni entendimiento, ni sentido común siquiera les conceden aquellos jueces tremebundos, y, según su propio criterio, inapelables.

Pues ¿y los poetas?—¡No me hable usted de los poetas!—dirá inmediatamente el primero de entre ellos que oiga la tal palabra.—Aquí no hay poetas; Campoamor es un chabacano, un rimador de vulgaridades; Zorrilla un canario que pía mucho y no dice nada, y Manuel del Palacio, un imbécil. No nos ocupemos en los otros—añadirá seguidamente,—porque sería cosa de salir á ripio por línea; no hablemos tampoco de nuestros novelistas, porque ni Alarcón, ni Pérez Galdós, ni Pereda, ni Valera, ni el mejor de ellos, en fin, sabe lo que es hacer una novela. Menos aún—seguirá diciendo—es digna de elogios nuestra pintura. Pradilla no tiene inventiva; Plasencia carece en absoluto de inspiración; Jiménez Aranda, Amérigo, Checa, Muñoz Degraín, etc., son unos ignorantes favorecidos por el color, tan ignorantes como nuestros escultores y casi tanto como los oradores de que nuestra tribuna se manifiesta orgullosa y envanecida.

—Porque ¿cuál de nuestros oradores es digno de ese título?—exclamará el *cafetista* que se encuentre en el uso de la palabra.—¿Castelar? Castelar es un cultivador de metáforas extravagantes, falto de ideas sublimes y de grandezas de pensamiento. ¿Martos? ¿Quién resiste el tono

enfático y la construcción premiosa de Martos? ¿Salmerón? La filosofía krausista saliendo por un tubo sonoro. ¿Silvela? No tiene altura de conceptos. ¿Sagasta? Carece de sintaxis. ¿Azcárate? Es la monotonía personificada. ¿Moret? Resulta un hilvanador de palabras. Eso no es oratoria, ni Dios que lo fundó; sólo en este país pueden hacerse, con medios tan pobres, reputaciones tan escandalosas.

—¿Y quién es usted?—habría que preguntar á juzgador de tan delicadísimo gusto. —¿Quién es usted, que así habla en desprestigio de todo el mundo? ¿Quiénes son esos compañeros de usted que al oírle maldecir de lo que representa la gloria de nuestra patria, sonrían satisfechos con sonrisa tal, que un mal pensado pudiera tomarla por la manifestación externa de la envidia? ¿Quiénes son ustedes, en fin, para que yo sepa á qué atenerme respecto de sus juicios?

¿Quiénes son? Ellos dirán inmediatamente su nombre (lo cual vale tanto como no decir nada); pero de seguro no dirán que el que habla con tan desapoderados rencores de nuestros autores dramáticos es, á su vez, autor de una obra silbada y de tres ó cuatro que no han corrido la misma suerte porque las Empresas le hicieron la profunda y mal agradecida merced de no acep-

tarlas; que el que se deshace en invectivas contra los poetas, es padre de un poema que produce en los oídos, siempre que lo leen en voz alta, el efecto de una serie no interrumpida de martillazos, y que el que no halla un novelista aceptable, escribió una novela que allá en la librería sigue sin encontrar alma piadosa que la compre.

Tampoco dirá el que habla mal de los pintores que sus cuadros se venden á cinco pesetas unos con otros en todos los cafés, no por desgracia de la suerte, sino por falta absoluta de gracia en el autor; y mucho menos se atreverá á confesar el que hace mofa de nuestros oradores, que él también lo es, siquiera ejerza sus funciones tribunicias en sociedades de cuarto orden ó en banquetes cursis, donde antes faltará el asado que un discurso suyo lleno de metáforas putrefactas, de giros rancios y de argumentos é ideas que saben de memoria, por haberlos leído en la retórica, los chicos del Instituto.

Ninguno de ellos dirá semejante cosa, porque no la creen; al contrario, se juzgan genios maltratados por las injusticias de su época y conductores únicos del movimiento artístico, literario y científico de su país.

Y, sin embargo, los que tan poco valen



encuentran malo siempre el trabajo de los que valen mucho.

¿Por qué? Porque son los eunucos del talento; y así como el eunuco, sujeto en el interior del serrallo, no comprende las grandezas del amor, ni las sublimidades de la pasión, ni las venturas del deleite, privado como se halla de disfrutarlas, así también estos eunucos del talento no aciertan á reconocer las bellezas del arte, y reniegan de ellas, como reniega de las mujeres del harén el impotente guardián, que sufre con las dichas de su señor y no logrará nunca llegar á ellas, por más y más esfuerzos que hiciese para conseguirlo.

De igual suerte proceden estos otros eunucos, los cuales, desesperados de su impotencia, de su nulidad, de su falta de medios, murmuran y se revuelven contra todo el que vale, y protestan indignados, creyendo que sus juicios influyen directamente en el público, que son unos enemigos temibles, unos genios incomprendidos y maltratados por las injusticias del vulgo; los vengadores del arte, los jueces supremos de las ajenas capacidades, los elegidos de Dios, los regeneradores de la humanidad, los apóstoles del buen gusto, los sabios, los ilustres, los insignes, los que tienen la llave de todos los progresos, de todos

los adelantos; los únicos en el saber, los primeros en la inteligencia y los últimos que, por traiciones del Destino, están llamados á gozar de un renombre que unánimemente se les niega, y de una fama que de derecho les pertenece.

Eso creen ellos.

Y la verdad es que, examinados sin apasionamiento, resultan unos pobrecitos dignos de lástima.

